

Tragan voraces y rompen  
Y aniquilan todo cuanto  
Pone á su furor estorbo,  
Pone á su curso embarazo.

Y en la humilde y blanda arena,  
O en el informe peñasco  
Donde el dedo del Eterno  
Escribe *hasta aquí*, pedazos  
Se hace su furia espantosa,  
Se estrella su orgullo insano,  
Y en espuma roto vuela  
Su poder, del orbe espanto.

*El español ardimiento,  
Su fe viva, su entusiasmo  
Sean la meta del coloso;*  
Pronunció de Dios el labio.

Y lo fueron. — Los valientes  
De luciente acero armados,  
Los granaderos invictos,  
Los beligeros caballos,

Los atronadores bronce  
Y los caudillos bizarros,  
Que las elevadas crestas  
De Mont-Cení y San Bernardo  
Camino fácil hicieron,

Que las ondas humillaron  
Del Vístula, y del Danubio,  
Del Mosa, del Rhin y el Arno,

No pueden la mansa cuesta  
Tregar del collado manso  
De Bailén, ni al pobre arroyo  
Del Herrumbral hallar vado.

Y los que mares de fuego  
Intrépidos apagaron,  
Y muros de bayonetas  
Hundieron con un amago,

Del español patriotismo  
A los encendidos rayos,  
Al hierro de los bisoños,  
Al tiro de los paisanos

No osan resistir. Desmayan  
Y se fatigan en vano;  
Retroceden, se revuelcan  
En tierra hombres y caballos:

Y las águilas altivas  
Humillan el vuelo raudo  
Ensangrentadas sus plumas,  
Hasta perderse en el fango.

Y rendidas las legiones,  
Que al universo humillaron,  
Encadenadas desfilan,  
Vuelta su gloria en escarnio,  
Ante turba que ha dos meses  
En el taller y el arado,  
Ni cargar una escopeta  
Era posible á sus manos.



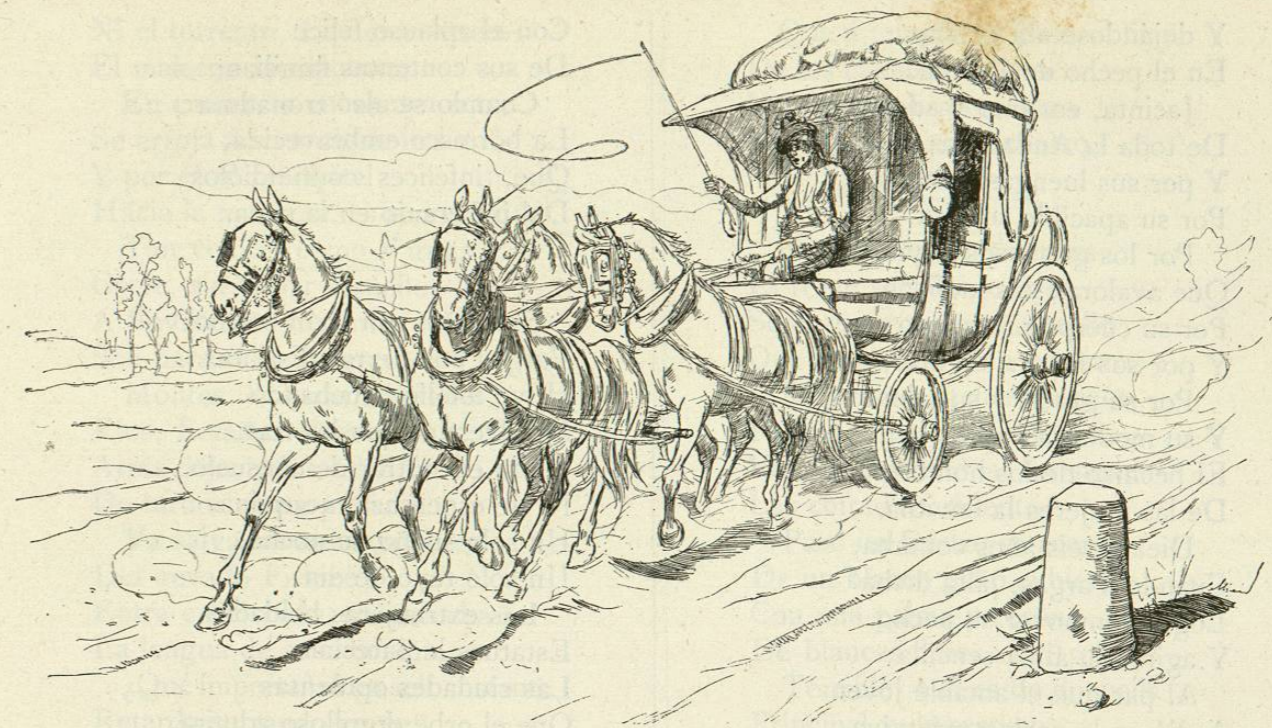
¡VIVA ESPAÑA!!! gritó el mundo,  
Que despertó de un letargo.  
Al grande estruendo apagóse  
En el firmamento un astro.

Y al tiempo que, ante las plantas  
Del noble caudillo hispano,  
Dupont su espada rendía,  
Y de sus sienes el lauro,

Desde el trono del Eterno  
Dos Arcángeles volaron.  
Uno á dar la nueva al polo  
Su nieve en fuego tornando;

Otro á cavar un sepulcro  
En Santa Elena, peñasco  
Que allá en la abrasada zona  
Descuella en el Oceano.

Sevilla 1839.



## LA VUELTA DESEADA

### ROMANCE PRIMERO

Entre aquellos olivares  
Que Torreblanca domina,  
Y ciñen de un lado y otro  
El camino de Sevilla,  
Por un atajo atraviesa,  
Para llegar más de prisa,  
Una carretela verde  
Con una gran vaca encima;

Toda cubierta de barro,  
Tableros, muelles y viga,  
De barro seco y reciente,  
Y de tierras muy distintas.

Cuatro andaluces caballos,  
Que en torno lodo salpican,  
En humo y sudor envueltos,  
De ella presurosos tiran.

Y del postillon las voces  
Con que los nombra y anima;  
Del látigo los chasquidos,  
Que los acosan y hostigan;

El són de los cascabeles,  
Y el de las ruedas que giran  
Rápidas, tras sí dejando  
Dos huellas no interrumpidas;

Forman estruendo confuso,  
Y que viene posta avisan

TOMO II

A los carros y arrieros,  
Que hácia un lado se desvian.  
Dentro de la carretela  
Un hombre aun jóven camina,  
Que revuelve á todos lados  
La desencajada vista.

Es Vargas: alegre torna  
De su patria á las delicias  
Después de vagar seis años  
Emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla  
En cuantos objetos mira,  
Y en árboles, tapias, lindes  
Dulces memorias antiguas:

Lo pasado y lo presente  
Anudando va, y delira  
Entre esperanzas risueñas  
Y entre ya pasadas dichas.

Trastornos, persecuciones,  
Desventuras, injusticias,  
En sus más floridos años  
Lo arrancaron de Sevilla,  
Abandonando riquezas,  
Honosres, nombre y familia,

Y dejándose allí el alma  
En el pecho de Jacinta.  
Jacinta, encanto y adorno  
De toda la Andalucía;  
Y por sus luengas pestañas,  
Por su apacible sonrisa,  
Por los graciosos hoyuelos  
Que avaloran sus mejillas,  
Por su cuerpo primoroso  
Y por sus formas divinas,  
Por su gracia y su talento  
Y su modestia expresiva;  
El hechizo de los hombres,  
De las mujeres la envidia.  
Diez y seis años contaba,  
Cuando Vargas, ¡alta dicha!  
Logró conmovier su pecho  
Y agitar su alma sencilla;  
Al par que el amable jóven  
Ardió en la pasión más viva,  
Al mirar á una doncella  
Tan inocente y tan linda.  
En sus puros corazones  
Creció desde la hora misma,  
Y el trato y correspondencia  
Acrecentó en pocos días,  
Un primer amor de aquellos  
Que las estrellas combinan,  
Amor que de dos personas  
El destino eterno fija.  
En los lazos de himeneo  
A unirse dichosos iban,

Con el aplauso felice  
De sus contentas familias;  
Cuando se alzó tronadora  
La borrasca embravecida,  
Que, ¡infelices! confundiólos  
Del infortunio en la sima.

Seis años ¡oh cuán eternos!  
Vargas por tierras distintas  
Huyó infelice, luchando  
Del Destino con las iras,  
Sin encontrar de consuelo  
Ni de esperanza mezquina,  
Un solo sueño de noche,  
Un solo rayo de día.  
Las extranjeras beldades  
Estatuas le parecían,  
Las ciudades opulentas  
Que el orbe orgulloso admira,  
Desiertos... ¡Ay! pero puede  
Feliz llamarse en sus cuitas,  
Venturoso en su destierro,  
Fortunado en sus desdichas.  
Creció el amor con la ausencia  
En el pecho de Jacinta,  
Que la distancia y el tiempo  
Al que es verdadero, afirman.  
De cuando en cuando se cruzan  
Papeles que lo acreditan,  
Cartas trazadas con llanto,  
Cartas con el alma escritas.

## ROMANCE SEGUNDO

Todo en el mundo es mudable,  
Ni el bien ni el mal son eternos:  
La apacible primavera  
Sigue al rigoroso invierno;  
A la oscura noche el día,  
Y á la borrasca, que al cielo  
Empañó con densas nubes  
Y asustó con rudos truenos,  
La calma serena y pura.  
Así suelen á los tiempos  
De desventuras y llantos  
Seguir de paz y consuelo.  
Del Rhin en la orilla helada,  
Abrumado de sí mismo,  
Vargas proscripto gemía  
Su fortuna maldiciendo;  
Cuando noticias recibe  
De que la patria le ha abierto

Las puertas... Júzgalo absorto  
Ilusion de su deseo;  
Mas Jacinta se lo escribe,  
Y cuanto ella dice, es cierto.  
Otra carta... de la madre  
De Jacinta... que al momento  
Vuele á Sevilla, le ruega,  
En donde dará Himeneo,  
El día de su llegada,  
A tan constante amor premio.

No la paloma, que presa  
Llora en doloroso encierro,  
Si acaso un resquicio mira,  
Tiende apresurado el vuelo  
Hacia el palomar y nido,  
En donde vió el sol primero;

Ni el torrente, á quien contuvo  
El malecon interpuesto,  
En cuanto lo encuentra roto,  
Se arroja á su antiguo lecho,  
Y por él se precipita  
Hacia la mar, que es su centro;  
Tan veloces como Vargas  
Corre, sin tomar resuello,  
A Sevilla: los instantes  
Son para él siglos eternos.  
Montes, llanuras, ciudades,  
Rios, Estados diversos  
Atrás deja, y los caballos  
De tardos acusa y lentos.  
Ya salva las altas cumbres  
Del nevado Pirineo;  
Entra en España, ya escucha  
La lengua de sus abuelos..  
¿Qué importa? ni un solo instante  
Retarda su raudo vuelo.  
Halla á cada paso amigos,  
Halla intereses y deudos:  
No se para, corre, corre,  
Que tiene en Sevilla puesto  
Su afán, y hasta que descubra  
La Giralda, no hay sosiego.

Apénas ha quince días  
Que en las márgenes del Reno  
De su Jacinta la carta  
Leyó, juzgándolo sueño;  
Y los caños de Carmona  
Ve á su siniestra creciendo,  
Y al frente la antigua puerta,  
Para él la puerta del cielo.

Cualquiera mujer que mira  
En mantilla y de paseo,  
Que es Jacinta que le espera,  
Juzga, y le palpita el pecho.  
Al llegar se desengaña,  
Y en otra que ve más léjos....  
Jacinta fuera de casa  
Está, sí, sale á su encuentro.  
Era en punto medio día:  
Entra por fin, y molestos  
Los guardas el carruaje  
Detienen corto momento.  
Los maldice y les da oro,  
Porque le detengan ménos:  
Corre, al postillon le grita,  
Y torna á marchar de nuevo.  
Por las retorcidas calles  
Echa pestes y reniegos  
A cada lenta carreta,  
A cada corro interpuesto,

Que á templar el paso obliga  
De los caballos ligeros,  
Y anheloso á verse llega  
De la ciudad en el centro.

Oye de fúnebres cantos  
El triste són desde léjos,  
Se aproxima, y por la calle  
Que va á tomar, un entierro  
Pasa. Con hachas de cera,  
Pobres, vestidos de negro,  
Van de dos en dos; los siguen  
Las cofradías; á lento  
Paso un féretro se acerca,  
De un blanco paño cubierto,  
Con una palma y corona  
De blancas flores.... ¡Agüero  
Terrible! que es de doncella  
Principal y de respeto  
El funeral le parece....  
Hierva taciturno el pueblo  
En derredor. Manda Vargas,  
Turbado con tal encuentro  
Que tome por otra calle,  
Al postillon. Revolviendo  
Este los caballos, torna  
Por un callejon estrecho,  
Y á la calle ansiada llega  
Después de corto rodeo.  
Mucha gente en los balcones  
Está, mostrando en sus gestos  
Sorpresa de que en tal día  
Llegue á la casa un viajero.

Párase la carretela;  
La puerta está abierta, yermos  
El ancho portal y el patio;  
Reina en la casa el silencio.  
De un salto Vargas se apea,  
Corre á la escalera presto,  
De ella por un lado y otro  
De cera advierte un reguero  
Reciente. Veloz la sube,  
Abre la mampara.... ¡Cielos!  
Colgada está la antesala  
En reedor con paños negros.  
Enlutada una gran mesa  
Mira colocada en medio,  
Y en sus cuatro ángulos arden,  
Sobre cuatro candeleros  
De plata, candidas velas  
Consumidas casi: el suelo  
Cubren deshojadas flores,  
Siempre vivas y romero.

¡Dios!... ¡pobre Vargas! absorto,  
Sin voz, sin alma, y en hielo  
Convertido, ni respira.

Ojos cual los de un espectro  
Gira en derredor; se ahoga  
Sin respiracion su pecho.  
Volviendo en sí un corto instante,  
Oye llorar allá dentro;

Cuando se abre lentamente  
Una puerta que al momento  
Se cierra, y un sacerdote  
Que por ella sale, lleno

De lágrimas el semblante  
(De dar en vano consuelo  
Viene á una madre infelice),  
Queda inmoble á Vargas viendo.

Vargas lo mira, y no alienta;  
Mas tras de breve silencio  
Rompe al cabo, y le pregunta  
Con un angustiado esfuerzo:

«¿Dónde está?»... Quedóse helada  
Su lengua. Fáltale aliento  
Al turbado sacerdote,  
Y con agitado aspecto

Alza el rostro, y levantando  
La diestra, señala al cielo.  
Vargas le comprende; arroja  
Un alarido de infierno;

Huye veloz, la escalera  
Baja delirante, ciego,

Nada ve, corre cual loco  
Por las calles, y muy presto  
Desaparece.—En Sevilla

La noticia cunde luego  
De su llegada: le buscan  
Sus amigos y sus deudos.

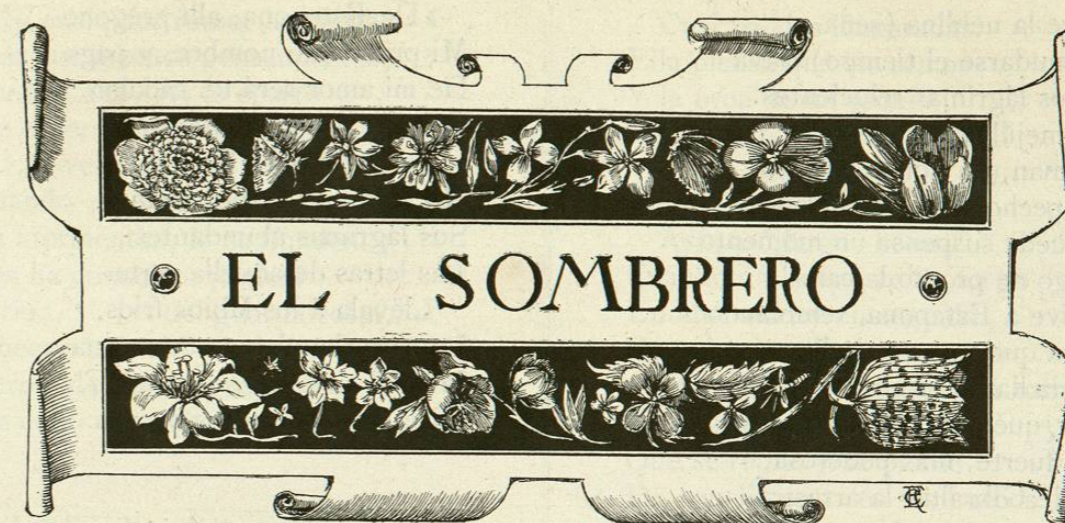
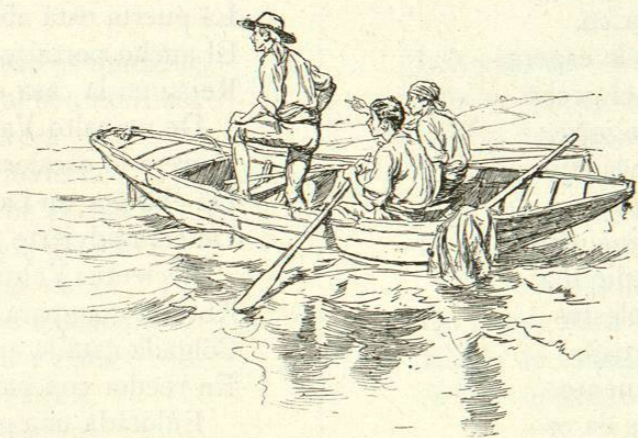
Todo, todo en vano: algunos  
Dan señas de que le vieron  
Junto á la Torre del Oro,  
Cuando el sol ya estaba puesto.

En un remanso, que forma  
El Guadalquivir, no léjos  
De Gelves, á las dos noches  
Unos pescadores vieron,

A la luz de escasa luna,  
De un jóven ahogado el cuerpo  
Vestido aún. Procuraron  
Compasivos recogerlo;

Pero al llegar con la barca,  
Y al agitar con los remos  
El agua, veloz corriente  
Llevó el cadáver. Suspenso

Siguiéronlo un corto rato  
Con los ojos, y muy presto  
Fué leve punto en las aguas,  
Y de vista lo perdieron.



## ROMANCE PRIMERO

LA TARDE

Entre Estepona y Marbella,  
Una torre fulminada,  
Hoy nido de aves marinas,  
Y en otro tiempo atalaya,

Corona con sus escombros  
Una roca solitaria,  
Que se entapiza de espumas,  
Cuando las olas la bañan.

A la derecha se extiende  
Una humilde y lisa playa,  
Cuyas menudas arenas  
Humedece la resaca;

Y oculta entre dos ribazos  
Forma una escondida cala,  
Abrigo de pescadoras  
O contrabandistas barcas.

A este temeroso sitio,  
Mientras lento declinaba  
A ponerse un sol de otoño  
Entre celajes de nácar,

Estando el viento adormido  
La mar blanquecina en calma,  
Y sin turbar el silencio  
De las voladoras auras,

Sino el grito de un milano  
Que los espacios cruzaba,  
Y los de dos gaviotas,  
Cuyo tálamo era el agua;

La divina Rosalía,  
La hermosa de la comarca,  
Fugitiva y anhelante  
Llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros  
Cubre un pañolon de grana,  
Dejando ver negras trenzas,  
Que un peine de concha enlaza;

Y de seda una toquilla,  
Azul, rosa, verde y blanca,  
Que las formas virginales  
Del seno dibuja y guarda.

Su gallardo cuerpo adorna  
De muselina enramada  
Un vestido; con la diestra  
Recoge la undosa falda,

Y el pié primoroso y breve,  
Que apénas su huella estampa  
En la movediza arena,  
Más limpio desembaraza.

Bajo el brazo izquierdo tiene  
Un envoltorio de nada,  
Cubierto con un pañuelo,  
Do el jalde y rojo resaltan.

¡Inocente Rosalía!  
¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!  
¡Cuál su semblante divino,  
Lleno de vida y de gracia,

Desencajado se muestra!...  
¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...  
Está haciendo, bien se advierte,  
Un grande esfuerzo su alma.

Sí, los ojos brilladores,  
Los ojos que tienen fama  
En toda la Andalucía,  
Por su fuego y sus pestañas,

En el peñon, que lejano  
Apénas se dibujaba